

La Logia P-2: de la República de Saló a las repúblicas de la D. C.

por Gregorio SELSER

Las investigaciones sobre la Logia Propaganda-2 se remontan a 1974 como mínimo, a raíz del estallido del escándalo de Michele Sindona, un influyente financista que entre sus múltiples negocios incluía el de la atención de una parcela de las finanzas del Vaticano.

Michele Sindona desapareció de Italia después de haber provocado el colapso de varias corporaciones financieras bajo su control o que giraban en su órbita, incluyendo compañías estatales. El monto de las pérdidas que produjo se estima entre mil y mil 500 millones de dólares. A pesar de que tenía la captura recomendada por la Interpol, Sindona pudo permitirse actuar en Estados Unidos sin ser detectado, hasta que la quiebra fraudulenta del Franklin Bank lo expuso a la superficie. Procesado por la justicia federal, se le condenó a 25 años de prisión.

En tanto apelaba de la sentencia, obtuvo la libertad condicional, pero no se ajustó a sus prescripciones, algo que los tribunales norteamericanos suelen no perdonar. Después de violar su compromiso y de estar prófugo durante algunos meses, se presentó voluntariamente alegando haber sido secuestrado y hasta herido de bala al intentar resistir su secuestro. El FBI no tardó en probar que era otra patraña más de Sindona y que éste había estado realizando personalmente misteriosas gestiones en Suiza, Austria y en la propia Italia hasta su regreso a Nueva York. Tampoco la Interpol pudo echarle mano durante su periplo. La justicia de Estados Unidos le añadió otros 7 años a su pena de prisión, por violación de la libertad condicional.

ALLANAMIENTO EN AREZZO

Desde el affaire Sindona hasta hoy, muchos nombres de empresas y de empresarios dudosos eran objeto de cuidadoso escrutinio por parte de ciertos funcionarios del gobierno italiano. Cada tanto publicaciones responsables exponían los casos de colusión entre el prófugo Sindona y personajes de alta relevancia en la política, las finanzas, la administración pública, la justicia y hasta las fuerzas armadas locales. El nombre de Licio Gelli y el de la Logia P-2 se tornaron recurrentes. Sin embargo, todas las publicaciones parecían reforzar, antes que dañar o molestar, el extraño poder e influencias del "Gran Maestro" D. Licio.

La Logia P-2 es supuestamente masónica, pero como la masonería no es, como suele suponerse, una organización unitaria, única internacionalmente, la más importante de las que funcionan en Italia, la del "Gran Oriente", hizo saber desde el comienzo que nada tenía que ver con la que regentaba D. Licio, la P-2. Igualmente sorprende que en la P-2 estuviesen afiliados centenares de católicos militantes, afiliados al propio tiempo a la D.C. (Democracia Cristiana), habida cuenta de que el Vaticano no revivió la prohibición explícita contra los masones del papa León XIII, contenida en la encíclica "Humanum genus". Así lo reafirmó ahora el secretario general de la DC italiana, Flaminio Piccoli, ratificando aquella incompatibilidad entre la pertenencia a la masonería (en cualquiera de sus ritos y denominaciones) y la adscripción al catolicismo y/o a la democracia cristiana. Pero para desolación de Piccoli, y antes que él la del premier Arnaldo Forlani, en su propio gabinete figuran dos miembros de la P-2, los democristianos Franco Foschi y Adolfo Sarti, ministros de Trabajo y de Justicia respectivamente, además de —entre otros— los diputados de la DC Massimo de Carolis y Publio Fiori.

Eso sólo pudo saberse cuando, en ausencia de Gelli, fue allanada por la Guardia di Finanza (Policía Financiera) su "villa" de Castiglion Fibocchi, cerca de Arezzo. El allanamiento permitió el secuestro de millares de documentos de la logia, entre ellos el muy interesante fichero con los nombres de 953 de sus más importantes miembros.

FUNCIONARIO ARGENTINO

Desde algún lugar del mundo Gelli ordenó a sus abogados que apelaran por el allanamiento, con el argumento de que su "villa" gozaba de extraterritorialidad,

puesto que él fungía como diplomático de la República Argentina, como consejero económico y financiero agregado a la embajada en Roma desde septiembre de 1974 (gobierno de María Estela Martínez de Perón), condición que no había sido revocada por los regímenes de los generales Jorge R. Videla y Roberto E. Viola. Gelli tenía la doble nacionalidad italo-argentina, ostentaba la condecoración de la Gran Cruz del Libertador General San Martín, su automóvil tenía placa diplomática y las credenciales en regla que mostraron sus abogados no desmentían su adscripción a la representación platense en Roma.

Esto ocurrió a principios de abril de 1981 y la embajada argentina observó un prudente silencio. D. Licio había sido durante más de seis años sumamente importante para ciertos y no demasiado ostensibles negocios o gestiones económicas, políticas, militares y policiales entre Buenos Aires, Roma y otras instancias internacionales, como para que el embajador actual, militante de la Unión Cívica Radical (UCR), tomara alguna actitud fuerte sin consultar al Palacio San Martín. Cuando se produjo el estallido público en junio y el fiscal romano Domenico Sica imputó oficialmente a Gelli y a sus principales colaboradores los delitos de espionaje político, conspiración político-militar mediante asociación ilícita, estafa, sustracción de documentos oficiales y violencias contra ciudadanos, la embajada argentina en Italia "aclaró" tímidamente que D. Licio era funcionario "honorario" pero que había dejado de serlo en abril.

EN ESPAÑA Y EN SALO

La investigación realmente sería de la Logia P-2 se remontaba por lo menos a 1977. Fue ordenada por la magistratura de Milán, a raíz de una denuncia hecha por la Banca d'Italia o Banco Central acerca de las actividades de Roberto Calvi, un financista que en el curso de pocos años pasó de su condición de funcionario medio del Banco Ambrosiano milanés, a vicepresidente y consejero de administración de esa institución y, casi simultáneamente, como miembro de los directorios de varias compañías de seguros, además del Banco Católico del Véneto.

Tardó años ese seguimiento cuyo origen inicial se remontaba a la colosal quiebra fraudulenta de Sindona; pero finalmente dio frutos. El 20 de mayo de 1981, Roberto Calvi y otros seis conocidos financistas eran arrestados en Milán acusados de tráfico ilegal de divisas y repatriación fraudulenta de capitales. Calvi y sus cómplices de la Centrale Finanziaria y del Banco Ambrosiano (en ambos Calvi era presidente) habían incurrido en la "exportación" de 36 mil millones de liras (unos 26 millones de dólares) mediante complejas manipulaciones en las que aparecían involucradas dos compañías financieras "panameñas" y otra de las Bahamas.

La captura de documentación de esos personajes de la banca corroboró sus ligas con Sindona pero además orientó definitivamente la búsqueda en la dirección del siempre sospechado y siempre intocable Licio Gelli. El allanamiento de su "villa" permitió a la justicia italiana obtener un conjunto de 2 mil 168 documentos, talones de cheques, recibos y correspondencia entre él y varias importantes figuras de Italia y otros países, entre ellas sendas invitaciones de los presidentes James Carter y Ronald Reagan para que asistiera a los actos de asunción de sus respectivos gobiernos.

De miliciano de los "fasci di combattimento" de los años 30s., D. Licio se tuteaba con los grandes figuras mundiales. De voluntario en el cuerpo comandado por el general Guido Bergonzoli y que, despachado a España por Benito Mussolini fue vergonzosamente derrotado en Guadalajara por las bisoñas fuerzas republicanas del general Miaja (Gelli relató sus peripecias en el libro con el título español de *Fuego!*), el hoy prófugo jefe de la P-2 aparece ligado al régimen fascista hasta el punto de que, rescatado Mussolini por las tropas de Hitler luego de su destitución y arresto por el rey Vitorio Emanuele III, sigue a su lado en la efímera República de Saló.

NEGOCIOS Y POLITICA

Su olfato, hasta hoy prodigioso le salva, empero, del destino de los fascistas capturados por los partigiani: ser fusilado como

traidor y colaboracionista. Gelli, en efecto, actúa como oficial de enlace entre el régimen de Saló y las tropas alemanas, pero se las ingenia para convertirse en doble agente y desde su privilegiada ubicación filtra información valiosa a los Aliados. Cuando éstos triunfan, Gelli ya está lo suficientemente "limpio" como para iniciar su nueva vida "democrática". Más específicamente, "democrática-cristiana", puesto que esa era la onda que se impuso con el establecimiento de la nueva república italiana, en 1948, al ascender a la presidencia Luigi Einaudi.

Para entonces Gelli, como tantos otros conversos del fascismo, transformados en demócratas-cristianos, sabe lo suficiente de todos ellos como para emprender el arte que, según todas las revelaciones de la prensa italiana de hoy, más réditos le ha dado: el chantaje. Pide posiciones, trepa en la escala del poder, se asocia a industriales, financistas, hombres del Vaticano, jefes y oficiales de los todopoderosos Carabinieri y sobre todo de los servicios secretos e influyentes de la magistratura. No ofrece otra mercancía canjeable que su silencio y su buena disposición para ser útil en la nueva estructura de poder que se consolida gracias a los miles de millones de dólares que inyecta el Plan Marshall en Italia.

Más tarde, cuando el neofascista Movimento Sociale Italiano (MSI) logra un espacio legal dentro del espectro político local, Gelli está ubicado como amigo, junto al líder Giorgio Almirante. Pero no se afilia a los "misinos". Ya tiene experiencia de sobra, con lo que le pasó junto a Mussolini, como para adherirse a partidos políticos siempre cambiantes en la versátil y florentina trama gubernamental. Prefiere jugar desde afuera, como amigo de todos, salvo de los comprometidos comunistas. Como lo cronicaba Fabiani meses antes de que estallara el escándalo, a principios de la década de 1970 se ha hecho tan poderoso que alcanza el liderazgo de la centenaria y Venerabilísima Logia Propaganda-2, a la que transforma en un verdadero centro de poder, "con 3 mil 400 afiliados, la crema de las finanzas, del empresariado público y privado, de las fuerzas armadas, de la magistratura, de la banca, de las profesiones liberales..." (1).

TRAFICO DE INFLUENCIAS

Esa clientela ya no es producto del chantaje. O quizás no del todo. Ahora cuenta más el tráfico de influencias, la gestoría, el favor y la complicidad de los negocios y la política a alto nivel, dentro de Italia y fuera de ella. Cuando Gelli es presentado a Perón y su esposa, a fines de 1972, la P-2 está "transnacionalizada" y sus ramificaciones se extienden por toda Europa occidental y se dispone a dar el salto hacia América y hacia algunos países socialistas, en este último caso a los simples efectos de negocios: Rumania, y por su mediación, la China de Mao.

En abril de 1981, ya en conocimiento de que la bomba de la P-2 va a estallar, Licio Gelli pretende contratar en *Le Monde*, de París, un espacio pagado para su publicación el 16 de mayo siguiente, al precio de 19 mil francos (unos 14 mil dólares), cuyo texto se previene de la "monstruosa conjura" en su contra y, subliminalmente, notificada al entonces presidente del Consejo de Ministros de Italia, el democristiano Arnaldo Forlani, que el escándalo alcanzará inevitablemente a muchísimos miembros de su partido. El texto es tan delicado que el jefe de la sección publicidad lo somete en consulta directa al director de *Le Monde*, Jacques Fauvet, quien resuelve su no publicación.

Seguramente a estas horas no estará arrepentido de su prudencia. En estos momentos, el ex asesor económico de la embajada argentina en Italia ha dado dos golpes de efecto más: ha amenazado con divulgar cuánto dinero del affaire Sindona fue a parar a las arcas del Partido Demócrata Cristiano; y facilitó el que su propia hija, María Grazia Gelli, fuese arrestada en el aeropuerto Fiumicino, portando una gran cantidad de nuevos documentos, entre ellos algunos de la CIA sobre proyectos de desestabilización de algunos países europeos. Y eso que el escándalo apenas se ha iniciado...

1) Roberto Fabiani, "Massoneria. C'è una tana nella Loggia P2", en *Espresso*, Roma, 30 de noviembre de 1981, p. 28.